

# Mis días en el sauna:

FELIPE



Ilustración: © Tomski&Polanski

o de cómo me hice a una  
ciudad para los encuentros  
entre hombres

(...) Es imprescindible que la información suene plausible. Por ello es irreconciliable con la narración. La escasez que ha caído el arte de narrar se explica por el papel decisivo jugado por la difusión de la información. Cada mañana nos instruye sobre las novedades del orbe. A pesar de ello somos pobres en historias memorables. Esto se debe a que ya no nos alcanza acontecimiento alguno que no esté cargado de explicaciones. Con otras palabras; casi nada de lo que acontece beneficia a la narración y casi todo a la información. Es que la mitad del arte de narrar radica, precisamente, en referir una historia libre de explicaciones.

WALTER BENJAMÍN, 1936

**Felipe:** ¿De qué color son los encuentros entre hombres?

**Leonardo:** Son de color tornasol.

**Felipe:** algún día voy a escribir sobre la metáfora de los hombres tornasol. Hay tantos hombres así en esta ciudad.

## Del pueblo a la ciudad: La ciudad amorfa

Llegué a Cali en el año de 1998. La ciudad me asustaba. Era grande. Sin forma, agresiva. Para ese momento sólo conocía la ruta que me llevaba del Terminal a la universidad: la Montebello Uno. En mis primeras andanzas por la ciudad no sabía cómo mirar a otro hombre para hacer eso que todavía hoy, con menos fuerza, parece un juego de identificarse por medio de las miradas. “¿Funciona o no funciona?”, me preguntaba Leonardo al pasar por el lado de algún chico. Era como un test que mi primer novio me hacía con frecuencia para entrenarme en “el arte de mirar”. “Pille, pille”, me decía cuando no sabía qué responderle. Los hombres que buscan encontrarse con otros hombres en la ciudad tienen una especie de radar particular. Una manera distinta de mirar. Un *maricómetro*, como algunos le dicen con gracia.

Y con el paso del tiempo fui afinando mi mirada.

## Me hice a un mapa de ciudad tatuado en el cuerpo

La ciudad de Cali ofrece un circuito recreativo para los encuentros entre hombres. Algunos se dan de manera secreta en lugares públicos. Ocurren en sus márgenes, casi ante las miradas desprevenidas de todo el mundo. También existen lugares privados diseñados especialmente para estos encuentros. Como un explorador cuya única brújula es su cuerpo, me lancé a la aventura de recorrer las calles, los parques y los centros comerciales, los baños públicos y los cines, el río Pance y su Valle de las Mariposas, las discotecas y cantinas, los videos y universidades, los balnearios y los saunas. Los moteles y las iglesias. Hice una suerte

de etnografía que iba siendo escrita en mi cuerpo. Me volví un oportunista. Es que los encuentros entre hombres siempre están esperando la oportunidad para materializarse con el tiempo en contra, esquivando las miradas de los otros, con el secreto de por medio. La mayoría de veces son encuentros clandestinos. Tienen la frustración y la intensidad de lo efímero. “El deseo por el otro, dura lo que se pueda retardar una eyaculación”, me dijo un día un hombre mientras se fumaba un cigarrillo después de que tuvimos sexo en un pequeño cuarto del motel La Bastilla, ubicado en el centro de Cali. Nunca supe su nombre. Nunca lo volví a ver después de ese día.

“Enamorarse es una buena metodología para conocer y perderse en la ciudad” y fue así que uno de mis enamorados me llevó un día a lo que sería mi gran descubrimiento para la vida: Los Saunas Gays o las Casas de Baño para Hombres<sup>1</sup>.

## El sauna: trayectorias y lugares de un lugar hecho casa

La plaza de mercado de Alameda es reconocida por ser una de las más organizadas de la ciudad. Allí, es delicioso ir a disfrutar de un sancocho de pescado con arrozito y patacones. Algunos también acuden a tomar

---

1. La definición utilizada por García para su trabajo de investigación está referenciada en la idea de casa de baño propuesta por Giddens, quien la define como unos lugares frecuentados por algunos agentes para buscar experiencias sexuales anónimas entre hombres. Por tanto quienes acudían allí no tenían habitualmente contacto social con los demás, salvo en conversaciones generalmente casuales. GARCÍA. Darío (2004). Cruzando los umbrales del secreto: acercamiento a una sociología de la sexualidad. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

un caldito de pajarilla los domingos en la mañana para pasar el guayabo de la noche anterior. Van a comprar flores o algunas artesanías. Entre el olor a comida de mar y los localcitos contiguos, queda ubicado Caliclub, un sitio cuya edificación en los últimos años ha ido creciendo verticalmente. La primera vez llegué acompañado de Eduardo. Nos recibió el señor que cuidaba los carros en la calle, nos indicó dónde parquear. Al ingresar nos encontramos con la recepción. Mi actitud fue la de estar atento a cada movimiento que realizara Eduardo e imitarlo, para que no se me notara lo primíparo. “Cristian”, dijo Eduardo cuando en la recepción le preguntaron su nombre para hacernos la factura de ingreso. “Andrés Caicedo”, dije para mi registro. Desde ahí siempre me registré con el mismo nombre y el mismo apellido en honor a Caicedito y mis primeras lecturas sobre Cali. Pasamos luego al vestier. Allí Eduardo impregnó sus chancletas de alcohol para desinfectarlas; yo hice lo mismo. Después pasamos al primer ambiente, el del video. Un hombre se masturbaba frente a la pequeña pantalla de televisión. Las imágenes para mí en ese entonces eran borrosas, porque para ingresar me había quitado mis lentes.

En el segundo piso había un sitio con cubículos, la discoteca y el sauna. En ese entonces, el año 2001, Caliclub era pequeño pero agradable. Aquel hombre que me lo describió por primera vez, tenía razón. El sitio olía a juventud, olía a diversión, era un sitio estilizado. Los bañistas, en su mayoría, eran jóvenes. Cada detalle estaba pensado para que a uno la juventud se le pegara.

Eduardo y yo un día terminamos. Los saunas y en especial Caliclub se convirtieron en mi sitio de encuentro preferido. Después de mi primera incursión volví a ellos con mucha frecuencia. Tal vez, una o dos veces

por semana. Caliclub me permitió ir con tal frecuencia, porque en ese momento (año 2001) realizaba una oferta de mercadeo muy interesante. Los días miércoles, los jóvenes entre 18 y 21 años entraban a un precio muy favorable, era un precio casi simbólico, entre dos mil y cinco mil pesos. En otras ocasiones, el ingreso era gratis durante cierto horario del día. En esas ocasiones el lugar se llenaba, no había ningún espacio vacío. El sitio dejaba de ser tan agradable como en otros días, pero también se tornaba interesante por la cantidad de hombres, la oferta se hacía variada y divertida. Se incrementaban las posibilidades de juego. Los jovencitos representábamos el conejillo de indias, el centro de atención para captar adultos que pudieran consumir y gastar por el gusto de ver, palpar la juventud, que tal vez, a muchos ya se les estaba escapando. A pesar de saber eso, no me importaba; disfrutaba sentirme asediado, deseado, disfrutaba coqueteando, diciendo NO, antojando y accediendo de a poquitos. También descubría las tiranías de la experticia y del lugar, los juegos de dominación, el espanto que representaba lo femenino y como esto era atacado de manera física y simbólica. La mujer y lo femenino acude a estos sitios como un fantasma materializado en el cuerpo de algunos hombres.

Este tipo de ofertas, de promociones, dejaron de ser innovadoras porque perdió exclusividad el sitio. Luego, la administración elaboró un tiquete especial y el valor dependía del rango de edad. Observé un día que mi cuerpo había empezado a cambiar cuando el administrador me dijo “te estás engordando” y luego me dio un tiquete especial para que pagara ocho mil pesos por la entrada. Luego a otro chico más joven y delgado le dio un tiquete para que entrara por cinco mil pesos. También acudí a los

días nudistas, a los días de pantaloncillos blancos, a los días de todos contra todos.

### Rutinas y ambientes de aprendizaje en el sauna

Mis rutinas en el sauna consistían en llegar al sitio, desvestirme, ir a la ducha, dar un paseo por cada uno de los lugares (el turco, el sauna, la piscina, el salón de videos, los cubículos). Después de tener un panorama general, de haber visto el tipo de hombres y la cantidad que había en cada uno de los “ambientes”, me disponía a ocupar el espacio que más me había llamado la atención. Hacer el tránsito entre uno y otro también significa de cierta forma cambiar de “ambiente” de acuerdo a lo que se quiera: estar acompañado, solo, buscar tranquilidad o por el contrario, poner el cuerpo al límite. En mi caso, de acuerdo a mis intereses del día asumía una postura distinta. Sólo encuentros sexuales, sólo conversación, una combinación de las dos anteriores, sólo descanso o estar abierto a toda la parrilla de posibilidades y consumirla de acuerdo a lo que se me fuera antojando. Si quería follar me mostraba dispuesto, hambriento, si quería sólo conversar me tornaba serio, discreto, recatado, incómodo con las insinuaciones sexuales.

Los cubículos son ambientes por excelencia para tener relaciones sexuales, para transitar por ellos, como pequeños laberintos. Un día el administrador de Caliclub me dijo: “Me gusta hacer los cubículos con laberintos, a la gente le gusta caminar por ellos, voltear, toparse con otros”. Me gustaba zigzaguar como serpiente, rozar mi cuerpo con otros al pasar. El sitio te pone alerta de cualquier fricción con otro; aquí los roces cobran sentido, son casi siempre una invitación a estar con otro, en un trío o una orgía. Una vez se sale del cubículo casi siempre

los hombres acuden a darse una ducha que los deja listos para el siguiente encuentro. Los cubículos son entonces espacios que en primera instancia permiten tener cierto grado de intimidad y también conversar. No siempre ocurre esta conversación. A veces sólo ocurre lo primero. Los hombres en estos lugares pueden tener en un día varios encuentros con otros y no establecer ningún tipo de relación más allá de follar y follar.

El bar de cierta manera está constituido para prácticas conversacionales, de contemplación, para escuchar música, para beber, comer, seducir a través del baile. La piscina es un sitio de coqueteo, de exhibición, donde se inician algunas prácticas de masturbación. En el turco se propician algunos encuentros sexuales de manera colectiva. El video es un sitio para excitarse con las películas, para incitar a otros a la masturbación, para ver a otros masturbarse, o solo para ver videos toda la tarde, como lo hacen algunos. El solárium permite exhibir los cuerpos para el bronceado, para el descanso, promueve los encuentros sexuales al aire libre, disfrutando del sol, o de la brisa de las tardes en Caliclub. De fondo, salsa romántica, salsa de alcoba. Los Saunas Gays están diseñados para que uno se sienta en casa. Por eso es tan clave estudiar su oferta.

Algunos de mis encuentros terminaron en pequeños noviazgos de dos días, un mes o un poco más. Aprendí sobre el *Amor Líquido* de Bauman, sus vapores, su inestabilidad y su rutina. También en los saunas he llorado cuando me he sentido perdido en esta ciudad y sin saber ¿pa' dónde pegar?

### La Cali recreada. La Cali andada

Tomé la decisión de escribir sobre eso que conozco y desconozco de mi propia viven-

cia en este trasegar por la ciudad; por los sitios de encuentro para hombres en Cali. Una trayectoria que como un caracol he ido dejando marcada sobre la arena y que da cuenta de la manera de moverme, vivir y sentir. Andar y desandar la ciudad por más de dieciocho años. La Sultana del Valle, la Sucursal del Cielo, la Cali Pachanguero. Allí, en esa Cali cantada, bailada, imaginada e idealizada, he construido mi vida; entre una tarde en el sauna, una ida a Pance, un pasar por la Ermita; entre un cruce de miradas en una calle. Entre un aterrizaje inesperado a un apartamento de un hombre sin nombre, en un video, en un baño de Unicentro o de Univalle. En una noche en el chat. En una jornada de deporte en el Parque del Ingenio. Aquí he construido este relato de relatos. Un pequeño relato de las tantas subjetividades ignoradas por los discursos mediáticos y urbanísticos. No sólo de los hombres que buscan encontrarse con otros hombres sino de todas aquellas personas que esta ciudad no puede etiquetar, clasificar, administrar por completo; que todavía no pueden comprender y que las Ciencias Sociales cada vez más intentan explorar.

### La metáfora de los hombres tornasol

Le prometí a Leonardo que un día escribiría sobre la metáfora de los Hombres Tornasol. Pensar en escribir sobre algo que se llame “hombres”, requiere atender sus visos, sus reflejos, las sombras y los matices. *El estilo del mundo*, de Vicente Verdú (2003) me hizo pensar en esta metáfora de lo tornasol. Pensar que nos encontramos en la era de las identidades móviles y mestizas. Pensar los hombres como un mapa incansable de posibilidades y rutas. Hombres que transitan, juegan, se pelean y re-crean entre el sexo y el género, entre la identidad y la raza, la clase social y el deseo. Unas identidades he-

chas de pedazos y vueltas discurso, vueltas cuerpo y de los cuales emergen nuevas formas de pensar lo qué significa ser y hacerse hombre. Hombres que son y no son, que se tornan de un color y luego se transforman. Hombres más cristalizados que otros; hombres que no han podido darle la cara al sol y se tornan opacos y complejos. La metáfora de lo tornasol quiere poner en tensión estos límites tan aparentemente claros. ¿Qué significa ser hombre, qué significa hacerse hombre, qué significa eso del género, el sexo y el deseo mientras atravesamos la ciudad con nuestros cuerpos?

*“Hay varias maneras de comerse a una persona. Empezando porque debe ser diferente comerse a una mujer que comerse a un hombre. Yo he visto comer hombres, pero no mujeres. No sé si me gustaría ver comer a una mujer alguna vez. Debe ser muy diferente. Lo que yo por mi parte conozco, son tres maneras de comerse a un hombre...”*

(CALIBANISMO: ANDRÉS CAICEDO).

### Felipe

Aprendiz de carnaval. Viajero por convicción, con una fuerte curiosidad por comprender “las zonas grises” de los encuentros en la ciudad, los rituales y los placeres del juego, la fiesta y el cuerpo. Me la juego en un intento constante por ser académico mientras hago vagabundeo en las redes sociales. Los amigos, la familia y las pasiones “inútiles” son mi proyecto de vida. Este escrito es un homenaje a los muchos hombres soñados, alucinados, recreados y vividos. También a los que me habitan y se pelean entre sí.